

# LA NOVELA FILM

N.º 145

30 cts.



**CASADO Y CON SUEGRA**

POR  
**HAROLD LLOYD (ÉL)**

1927

## LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción      } Cortes, n.º 651  
Administración } BARCELONA

Año IV

N.º 145

## CASADO Y CON SUEGRA

Deliciosa comedia americana, interpretada  
por el mimado artista

## HAROLD LLOYD (ÉL)

## EXCLUSIVA DE

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal de  
**JOSEPH SCHILDKRAUT**

Topo 1924

# MIRALALEVON AL

ESTRATEGIA CINÉMICA - DISTRIBUIDOR

Prohibida la reproducción.

Revisado  
por la censura gubernativa.

## Casado y con suegra

Argumento de la película

—Palomino, antes no te cases mira lo que haces — le repetía hasta la saciedad el buen Harold a su amigo del alma.

Mas a pesar de este consejo, Palomino, fiel a su palabra empeñada con la que había de ser la compañera de su vida, contrajo matrimonio, con el agravante de que Harold fué su padrino de boda.

Aquel día fué para Palomino el más aciago de su vida, pues aparte de la turbación que sentía por el acto tan trascendental que iba a realizar, tenía a su entrañable amigo y padrino de boda, Harold, que no cesaba de darle consejos para que desistiera de tan extrema decisión.

A Palomino hacía ya rato que la novia le

esperaba en la iglesia. Todos estaban impacientes y nadie comprendía qué motivo podría tener el novio para no llegar a la hora señalada...

El pobre novio sólo había perdido un botón del cuello, extraviado la licencia, olvidado el anillo, y se había equivocado de iglesia... Y naturalmente, a última hora todo era correr en dirección a la en que le esperaba su tormento adorado.

El padrino, cansado de correr y sudar y darle consejos a Palomino, y no comprendiendo como había quien se apurase para ir a casarse, se detuvo diciendo:

—Conque, ¿no quieres hacerme caso? Anda corre, corre, y cuando te arrepientes ya será tarde.

Sentóse en la acera a descansar, mientras murmuraba:

—¡Cualquier día me obligan a mí a casarme por un par de lindos ojos! ¡Viva la libertad de soltero!

\*\*

¿Cuántos meses pasaron? Muy pocos; cuestión de semanas solamente, para que Harold, el detractor recalcitrante del matrimonio, hiciera lo que antes Palomino.

¡Casóse!! ¿Quién iba a decirlo? Pero eso sí: su mujer — le daremos ese

nombre porque había dejado de ser chiquilla — era la chiquilla más deliciosa y más pinturera de todas cuantas usaban tacones altos en Nueva York.

Mimoso, mimosa, le hacía querer todo cuanto era de su agrado. Con decir que aportó al matrimonio una suegra para Harold, que tenía el genio de un gendarme y el humor de un actor cómico sin contrata, y que éste veíase obligado a quererla como las propias niñas de sus ojos, está todo dicho.

Llevaban ya dos meses de casados, y ni una sola vez habían refido, ni habían tenido el más mínimo disgusto, ni nada había empañado su carácter alegre y juguetón... que no fuera motivado por la intransigente mamá política de Harold.

Tan era así que su querube, la ideal Jobynne Rolston, le había pedido con todo empeño que la comprase un trasto de cuatro ruedas, aunque no fuera más que un Ford. Intercedió la mamá política, a quien todo el mundo por el mal nombre llamaba la suegra, y ante tanto empeño, pensó Harold que casi sería lógico empeñar la paga con tal de poder darse el cumplido, y ahorrarse en cambio algún disgustillo.

Porque también es bueno saber, que si alguna vez tenían una pequeña bronca, ésta no le costaba a Harold más que la reposición de

la vajilla, la colocación de nuevos cristales y el arreglo de las patas de algún que otro mueble.

Y con vistas a que estos acontecimientos no menudearan, empezó a cavilar cuál sería el modo menos gravoso de que su cara mitad y su cara (¡tan cara!) suegra tuviesen el tan deseado cuatro ruedas.

Todos los días la angelical Jobyne le telefoneaba a la oficina:

—Maridito mío, quiero que me traigas unas cuantas cosas que me hacen mucha falta.

Y unas veces más corta y otras más larga, le hacía tomar la nota, lápiz en ristre, con el fin de que no tuviera algún descuido lamentable.

...alpiste para el canario, jabón, fósforos, una docena de huevos, una libra de manteca, una docena de panecillos, una lata de espárragos, unas costillas de carnero, un saquito de harina, dos litros de leche, una libra de café, un pastel de fruta, una latita de betún... ¡y un jamón!

—¿No quieres que te lleve nada más, primor? — le contestó Harold con aquella su sonrisa de resignación.

Aquel día el importe de la compra fué algo regular, y en compensación, en la tienda donde acostumbraba surtirse le regalaron un billete de la rifa de un pavo.

Salió agraciado el número 46.

El que tenía Harold.

¡Qué suerte la suya!

No cabía en sí de gozo. Ni cabía tampoco en sus limitados brazos la cantidad de paquetes y botellas que llevaba, aunque en el establecimiento hubieran tenido buen cuidado de arreglárselo cuidadosamente. Tuvo la mala suerte de tropezar y cayó, desparramándose por el suelo la gran cantidad de paquetes que llevaba.

Hizo un nuevo esfuerzo para cargarse con el jamón.

Y si en un derroche de energías y habilidad cargaba con el jamón, era imposible que hiciera lo propio con el pavo.

Afortunadamente tropezamos en este mundo siempre con almas nobles y caritativas. No podía ser que Harold no tropezara con una sola persona que se burlara de su embarazo y le produjera hilaridad su situación. Y la encontró.

Cuando estaba tan cargado, que hasta había hallado lugar para el jamón, un buen hombre, sin duda de ningún género, le colocó el pavo encima de todos los paquetes, pero de tal modo bien colocado que con las puntas de los dedos de ambas manos le retenía sobre sí.

Ahora si que estaba radiante de satisfacción.

Montó en un tranvía, y en el momento de pagar tuvo que deshacerse de algunos paquetes para buscar la calderilla necesaria. Más el pavo escabulloso pronto de su vista. Las faldas de alguna señora a buen seguro le cobija-



*Tuvo la mala suerte de tropezar y cayó...*

ban. Inspeccionó atento y pudo ver pronto la cabeza del animal, entre los lindos piececitos de una elegante dama.

Fué a buscarlo. Prodújose, con tal motivo, un revuelo insospechado, entre los pasajeros del tranvía, que ya estaban hartos de las im-

pertinencias del caballerete de las gafas, y sin saber cómo fué ni cómo vino, vióse en el suelo en mitad de la carretera, mientras desde el tranvía le remitían todos los paquetes, y el ja-



*Montó en un tranvía, y en el momento de pagar...*

món y el pavo por la vía más rápida: la aviación.

Cargó Harold nuevamente con los paquetes, y menos mal que para llevar el pavo dió con una buena solución. Quitóse la corbata, atóla al cuello del animal y a la parte trasera

a su cinturón, tirándose así, con el menos tiempo posible, los cuatro kilómetros que le faltaban para llegar a su casa.

Aquel día la suegra de Harold había tenido, como los veintinueve restantes del mes, la ocurrencia de ir a hacer una visita a su hija Jodyne.

Al poco rato de estar en el salón frunció el entrecejo. Había visto sobre la mesa la pipa que Harold usaba, y por lo tanto notado un desagradable olor a tabaco.

La cogió con la mayor precaución posible y la echó a la papelera.

También tuvo aquel día, ¡cómo no! la idea de visitar a sus hermanos, Carlitos, el cuñado de Harold. Un buen mozo de veintitantes años, que tenía la costumbre de levantarse temprano de la cama para pasarse más horas sin trabajar.

Cuando entró, lo primero que hizo fué sentarse en un mullido butacón, en el que quedaba como enterrado, y fumarse una kilométrica breva de la caja que Harold tenía destinada para sus buenas amistades. Además, el chico, buen previsor, no desaprovechó la ocasión que se le presentaba para hacer acopio y meterse como cosa de media docena de cigarros en el bolsillo. ¡Había que hacer el grande ante los amigos!

Y Robertito, el cuñado menor, que era más malo que un dolor de muelas, asimismo se

presentó a la casa de la hermana. ¡Pobrecito! ¡Era muy travieso, pero no era malo! Además, sólo tenía once años...

Cuando Harold, rendido y jadeante llegó a su casa, lo primero que hizo fué desprenderse de los paquetes, y mientras abrazaba a su esposa vió como su cuñadito, subido en una silla, intentaba coger algo que él de momento no pudo divisar bien.

Amoscóse algo; sin embargo intentó dibujar una sonrisa en sus labios, y dijo:

—¡Apostaría las antiparras a que tu hermanito está aquí!

Observó de pronto que del otro lado de la butaca ascendían unas olorosas espirales de humo.

—...y también está aquí tu hermano Carlos...

Más aún; vió el fondo de la papelera. Allí estaba su pipa. No dudó un instante:

—...y tu mamá también ha venido...

Y cayó sentado en una silla, rendido por el peso de los descubrimientos que acababa de hacer.

Aquel día el dulce nido convirtióse, como tantos otros, en una guarida, donde eso de la paz conyugal era una frase que no servía ni para insultar al prójimo.

La comida resultó asimismo tranquila, cuanto podía aspirarse, teniendo en cuenta que se

reunían allí tales diversos caracteres, como eran mamá, Carlitos y Robertito...

Además, era sábado, y aquella tarde el buen Harold no debía acudir a la oficina.

Había querido que fuera aquel el día en que su esposa tuviera la satisfacción de verse con un cuatro ruedas. Pero sentía que también se hallaran presentes los demás familiares... de ella.

Bastante había estudiado él qué día del año era el que su suegra amantísima se olvidaría de visitarles, o el en que la jaqueca que la aquejaba la impediría de hacerlos, pero no dió con él.

Contentóse como los fieles de Alah, con el pesimista "ya estaba escrito", y decidió que le trajeran el coche para aquel sábado.

A las 4 en punto de la tarde, y en el preciso instante en que mamá acababa de dar punto final a la comida (¡lo poco que comía, la pobre!) vibró con fuerza el timbre de la casa, y a continuación un "claxon" dió sus sonoras y descompasadas voces. Harold saltó de su asiento. Ya estaba aquí la sorpresa; la sorpresa para su buena Jobyne, la sorpresa para la humanidad de su mamá y de su cuñado, y de su cuñadita.

¡Ah! También la sorpresa para su menudo bolsillo. Pero esto nada significaba; estaba dispuesto a cualquier sacrificio, con tal

de que pudiera reportar un momento de alegría a su lucero.

—Acompáñame un momento, Jobyne.

La cogió del brazo, despidióse por breves momentos del resto de la familia, y salió. Pero éstos, que se olieron que había gato encerrado con aquellos repiqueos y aquellas maniobras, como quien no hace nada salieron tras ellos.

¡Y qué satisfacción la suya!... ¡Y qué de transportes de alegría!

Harold estaba enseñándole a su mujercita el radiador, las ruedas, la marca del automóvil: era el famoso "Mariposa".

Luego le dijo con cierto misterio:

—¿Qué te parece? Sólo nos falta pagar once mensualidades... y será nuestro. ¡Vamos a dar un paseo los dos solitos, para probarlo?

No bien hubo pronunciado estas palabras, dióse cuenta de qué mamá y etc., etc., se habían instalado ya cómodamente en el coche. No pudo más y destemplado la gritó:

—¿Por qué no se queda usted en casa a hacerle compañía al nene?

Pero una mirada de dulce reconvención de la angelical Jobyne le obligó a aceptar a todos en aquel primer viaje del primer *auto* que tuvo Harold...

El cuñado Carlitos habíase sentado en el volante. Y el buen Harold le preguntó:

—¿Ya sabes conducir?

—No. Pero aprenderé en seguida.

Sentóse él en el volante, llevando a su lado



—¿Por qué no se queda usted en casa a hacerle compañía al nene?

al cuñado y detrás a Jobyne, mamá y el cuñadito.

Harold, si bien tampoco había conducido nunca, desconocía asimismo las ordenanzas del tráfico rodado. Así, pues, tan pronto como

se dió cuenta de que apretando el pedal del acelerador el coche volaba, clavó sobre él su pie y se lanzó a una velocidad vertiginosa.

Sorteaba los coches, rodeaba los postes y hasta se permitía el lujo de intentar atropellar algún que otro transeunte. Afortunadamente para éstos, Harold aún no había aprendido semejante cosa.

De pronto vió que frente a él había una gran cantidad de coches parados, y, mal que le pesara, hubo de detener también su tren.

Era el cruce de una vía importante y el guardia encargado de regular le tráfico había levantado la porra en señal de que se detuvieran los coches del lado que venía Harold.

Hizo el guardia una señal y todos los coches que se hallaban delante de él emprendieron marcha. Cuando le llegaba a Harold el turno para cruzar, levantó nuevamente la porra el guardia, pero Harold que no se entendió de chiquitas, aceleró para cruzar la calle, habiendo, con este motivo, por poco más una catástrofe.

El guardia le obligó a retroceder, no sin antes entregarle una papeleta que rezaba:

*El poseedor de esta papeleta se presentará en el término de veinticuatro horas a la Inspección de Policía, por violación de las ordenanzas del tráfico.*

Este era el primero de los percances que Harold debía tener aquel día en su salida.

Poco tardó en presentarse el segundo y el tercero y vaya usted contando.

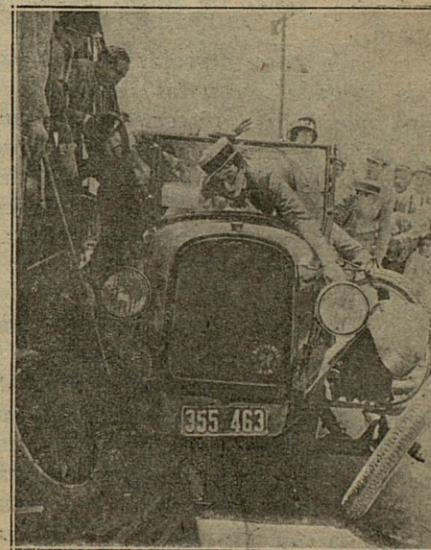
Tantas y tales cosas le ocurrieron al buen Harold, que hubieran inspirado compasión al corazón más duro, si a otro le hubieran sucedido, pero siendo a él, el hombre del cómico estoicismo, el hombre de las gafas negras, no podía ser otra cosa sino que provocaran la hilaridad.

Y mientras el público reíase por calles y plazas, Harold y los suyos regresaban a casa, destrozado el vestido, cambiado el semblante y el célebre "Mariposa" a remolque, convertido en una vulgar lata de sardinas...

Un inoportuno choque, no sabemos si motivado por las instrucciones pertinentes que mamá le diera, o por las maniobras que Carlitos intentó hacer con el volante, creyendo sin duda que era como un piano que pueden hacerlo sonar dos o tres a la vez, o por la pericia de Harold... algo de eso fué, o acaso todo a la vez. Pero la realidad era que el coche estaba enteramente destrozado y que antes que arreglar tanto desperfecto era preferible cincuenta mil veces salir en busca de una nueva "Mariposa".

Si alguien se hubiera atrevido a seguir a Harold en su viaje triunfal, a buen seguro

que le comparara con las célebres salidas que en sus tiempos hiciera el inmortal caballero de la Triste Figura.



*Un inoportuno choque, no sabemos si motivado por las instrucciones pertinentes que mamá le diera...*

Cuando entraron en su domicilio, lo primero que hizo Harold fué meter la mano en el bolsillo para sacar la cartera y contar el capi-

tal disponible. Pero con lo que se encontró fué con una, dos, tres, cuatro papeletas de otras tantas multas.

Su hermano Carlos le tranquilizó:

—No te apures. Tengo un amigo policía, y él lo arreglará.

Salió a la calle para despejar su cabeza, que la tenía cargada... con las deudas.

Un vecino que había presenciado las operaciones de salida y entrada del viaje y que además le había sacado una fotografía del coche, momentos antes de salir, se le acercó para entregarle ésta y dirigirle unas palabras de consuelo.

Harold se lamentó:

—¡Ya ve usted; cosas de mi suegra! ¡Sin ella mi casa sería el paraíso terrenal!

—Escúcheme y le explicaré la manera de domar suegras. Tengo mucha experiencia en el oficio, aunque buenos porrazos me cuesta.

Los consejos del amigo vecino duraron más de media hora. Harold escuchaba con suma atención y asentía con movimientos de cabeza.

Por fin, aquél terminó, diciendo:

—Créame, dos familias no caben en una casa, por grande que sea... Si no manda de una vez a su suegra a freir espárragos, su hogar será toda la vida un infierno.

—Lo que usted me ha dicho es verdad. Veo que tiene conocimiento de la materia... Pero

no tengo valor para decirle nada. Preferiría habérmelas con una pantera de Java que con ella.

El vecino amigo tenía consejos para todo.

Sacó un frasquito de coñac.

—Tome un traguito y verá como le da valor para enfrentarse con su suegra.

Harold era abstemio. En su vida había probado alcohol, desde que una vez siendo muy niño bebióse cinco botellas de champaña que regalaron a su padre, costándole la "hombreada", amén de una pequeña enfermedad, una soberbia paliza que le propinó su genitor.

No obstante, cedió a las insinuaciones del amigo vecino y se mojó la punta de la lengua con el coñac. Este se rió.

Más, hombre; hay que beber más. Con este traguito no hay ni para enfrentarse con un perrito faldero...

Harold se riguió. Había tomado una determinación. La botella en la boca, zas, zas, zas, de un trago apuró todo el contenido. Sentía ahora una revolución en sus intestinos. Era fuego; el fuego del valor. Y entró en su casa.

Durante aquel intervalo también había ocurrido algo digno en el interior de la casa.

Cansados y maltrechos, todos culpaban a Harold de haberlos llevado a paseo sólo con el propósito de marearles y disgustarles. De todo ello quien más se resentía era mamá, que

juraba y perjuraba que su hija no la vería más en aquella casa.

—Y ahora mismo me voy, para no volver más... Me siento enferma... pero me voy...

Y no se movía del asiento.

Jobyne, que quería mucho a su esposo, pero también mucho a su mamá, procuró tranquilizarla.

—Mamá, el paseo te ha fatigado... ¿Por qué no te acuestas un rato, mientras yo preparo la cena?

Y la mamá, ante la insistente demostración del cariño filial, no tuvo inconveniente en acostarse... y en cenar también aquella noche en casa de sus hijos.

Cuando fué, poco después, a despertarla para ir a comer, vió con horror que su mamá se levantaba de la cama, rígida, con los ojos abiertos mirando fijamente un punto del espacio. Asustada fué a buscar a su hermano.

—Carlitos, mamá se ha vuelto sonámbula.

Este corrió al lado de su madre, y entre los dos hicieronla sentar en un sillón, y con voces y palmadas ligeras la despertaron. Por breves momentos la dejaron nuevamente en la cama para que se repusiera.

Al poco rato entró Harold en su casa con más humos que la chimenea de una fábrica.

Jobyne, la mesa ya preparada, estaba le-

yendo con deleitación un artículo del diario, que venía a grandes titulares.

Para hacerle olvidar la pasada tormenta de la "Mariposa", le dijo:

—Leíste lo que dice el periódico acerca



—Mamá, el paseo te ha fatigado...

de la conferencia de mamá en el Club Femenino?

Y le mostró el diario.

*Interesante conferencia en el club. La Presidenta se declara contra el alcohol.*

Aquellas líneas hicieron su efecto. El precisamente iba para hablar con aquella Presidenta.

—Dile a tu madre que quiero hablar con ella ahora mismo.

—Ahora está descansando. Se lo dirás tú mismo cuando cenemos.

Sí, señor; él la hablaría. Era preciso terminar con aquel estado de cosas y estaba decidido a que fuera hoy mismo, en aquel mismo instante. Hasta se sentía dispuesto a dar puñetazos sobre la mesa.

Se dió cuenta de que Ricardito estaba haciendo algo que seguramente no era de ley. Con paso precipitado se dirigió hacia el pequeño: iba a empezar por abroncar al más chico para terminar con los mayores.

El pobrecito no hacía nada por que pudiera recriminársele. Como había oído contar que el cloroformo duerme a las personas, cogió el frasco y empapó bien un trapo para aplicárselo al perro. Quería hacer una experiencia y ver el efecto que esto produciría en el animal.

Sin contemplación de ningún género Harold dió un par de azotes al chiquillo y llevóse consigo el frasco de cloroformo.

Quiso llevarlo al armario donde se guardaba el botiquín, pero entonces el coñac que ingirió momentos antes empezó a producir

su efecto. Las piernas le flojeaban, y la cabeza le pesaba. Todo empezaba a dar vueltas a su alrededor. Revistióse de valor y de voluntad y se sentó en la mesa, dejando allí el frasco que acababa de quitar de manos de Robertito.

Para convencerse a sí mismo de que no estaba malo empezó a gritar con fuerza.

—¡La comida, Jobyne, la comida!

Ante aquella actitud inesperada en Harold, en breves minutos estuvieron todos sentados a la mesa, incluso mamá.

En el transcurso de la comida la suegra de Harold no podía olvidarse de la conferencia que diera el día anterior, y por la que tantos plácemes y felicitaciones recibiera.

—¡Qué lástima que no fueras a mi conferencia acerca de la influencia perniciosa del alcohol! — dijo a su hija.

Y mirando con buenos ojos a Harold, y como quien dice una cosa que considera imposible suceda, pero con aquel tono de firmeza y autoridad que ella empleaba siempre que se refería a su yerno, continuó:

—Si supiese que tú marido bebe, te obligaría a divorciarte en seguida.

La comida continuó sin incidentes, mas Harold había ya perdido los estribos y a pesar de la buena voluntad con que quería hacerlo todo bien, no daba pie con bola.

Derribó la botella de agua, rompió dos copas y vertió el aceite sobre el mantel. A cada cosa que hacía mal hecha poníase un poco más nervioso. Todos atribuían su estado al disgusto sufrido con motivo del descacharramiento del *auto*.

Pero no así mamá, quien muy versada en todo lo referente al alcohol, sobre lo que había hecho muy serios estudios, se dió cuenta de que lo que sufría su yerno era un estado de embriaguez.

Dirigió la primera puya a Harold, diciéndole a Jobyne:

—Me parece que voy a repetir mi conferencia a beneficio de los que no estaban presentes en la primera.

A Harold se le extravió la vista, y la detuvo incidentalmente sobre el frasco que momentos antes quitara de las manos de Roberito. Leyó:

“Cloroformo”.

Entretanto la vieja le observaba con detenimiento.

—Joven — repitió —, voy a contarle a su mujer algo serio de usted que ella ignora.

La idea que momentos antes cruzara por la mente de Harold, al ver el frasco de cloroformo, la puso en práctica. Aprovechó un momento en que mamá saboreaba con deleite el rico mosto que sólo se compraba para

ella, y vertió unas gotas de cloroformo sobre su servilleta.

Mamá se limpió los labios y el anestésico produjo su efecto, dejándola dormida en el acto.

Jobyne y Carlitos creyeron en un accidente.

Intentaron reanimarla por diversos procedimientos y todo fué en vano.

Jobyne se exclamaba.

—¿Qué le habrá dado? No se despierta.  
¿Se estará muriendo?

Entre todos llevaron a la cama a la paciente, y Carlitos dió aviso para que acudiera un médico con toda urgencia.

Salió también Jobyne para preparar algo a su mamá, y Harold quedó solo con ella. Deshízose en lamentaciones, y aquella oyó con claridad las palabras que este pronunció:

—¡Por Dios, no se muera! ¡Mire que si se muere me mandarán al patíbulo por asesino!

Cuando de nuevo entró Jobyne, Harold, desesperado, se fué al salón contiguo a meditar toda la magnitud de su culpa.

Estaba completamente persuadido de que acababa de cometer un asesinato en la persona de su suegra. Y aunque no lo lamentara precisamente porque ella iba a desaparecer de

este planeta, temía el castigo que a él le impondría la justicia.

Oyó claro y distinto las voces desgarradoras de Jobyne:

—¡ Mamá! ¡¡ Mamá!!

Se cubrió la cabeza con las manos, asustado.

Oyó entrar a Carlitos, y cómo su hermana le pedía a grandes voces:

—¡ Pronto! ¡ El frasco de árnica!

Carlitos entró en el salón donde Harold estaba y volvió a salir precipitadamente, sin dirigirle palabra. Se había equivocado de frasco y volvió a entrar y salir, precipitado, pero silencioso.

A todo esto Robertito se cruzó con él y le pidió en voz muy baja:

—Llévame al cine...

Carlitos, para quitárselo de encima, y para que no le molestara más en aquellos angustiosos momentos, le contestó destemplado:

—Ya es tarde...

A Harold estas palabras se le entraron por lo más derecho hasta la médula. Creía que el fin de la suegra había sobrevenido. Más aún se afianzó en esta creencia, cuando oyó de nuevo lamentarse a Jobyne:

—¡ Mamá! ¡ No nos dejes, mamá!

Sus ojos tropezaron con un diario que ha-

bía sobre la mesa, donde se apoyaba en su desfallecimiento. Leyó:

*Hoy será ejecutado el asesino de una mujer.*

El momento terrible por que pasaba Harold es de los que no se cuentan, ni se olvidan en la vida.

El había matado a su suegra, y tendría que sufrir las consecuencias; el patíbulo era su fin.

Más asustóse aún, cuando oyó que su cuñado llamaba al teléfono:

—¡ Pronto! ¡¡ Inspección de Policía!!

Carlitos vió sobre la mesa las citaciones que habían dado a Harold en el desgraciado paseo con el automóvil aquella tarde, y quería ver si lo arreglaba, de modo que no tuviera que pagar ninguna multa.

Cuando se puso al hablar su amigo el policía, Carlitos le dijo, refiriéndose a las infracciones en que habían incurrido aquella tarde.

—Es un cuñado mío y lo hizo inconscientemente. ¿Cómo podríamos arreglarlo?

El policía le contestó que la ley era inflexible, y por tanto no había más remedio que pagar. Pero esto no lo oía, naturalmente, Harold, quien, en cambio, percibió claramente como su cuñado decía:

—¿ De modo que no puede ser? ¡ Pues tendrá que sufrir las consecuencias!

Harold creyó que tendría que sufrir las consecuencias de lo otro, y se mesaba los cabellos con desesperación.

En tan apurado trance empezó a dar vueltas por la habitación. Vió un libro; leyó. No sabía ni lo que leía:

*EXISTE LA METEMPSICOSIS*

*La transmigración de las almas ha sido desde tiempos remotos, un tema...*

—Esto es una estupidez.  
Y lo tiró lejos de sí.

Volvió de nuevo a sumirse en aquel estado en que la tensión de los nervios y el efecto del licor matasuegras, le hacían verlo todo al revés.

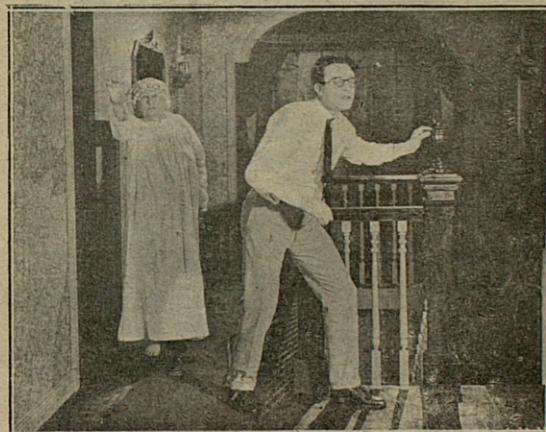
Mamá volvió a levantarse, igual que hiciera aquella tarde, en un estado de sonambulismo. Paseó por la habitación, envuelta en una sábana.

Cuando Harold vió que se acercaba aquel fantasma, se le paralizó la respiración. Ligó lo que había leído momentos antes sobre la transmigración de las almas con lo que veía ahora.

Creyó que su última hora había llegado, pues su suegra, implacable hasta en el otro mundo, le mandaba su espíritu para castigarlo.

Rodó por toda la casa, siempre perseguido por el fantasma.

Fué a salir a la calle, y al abrir la puerta dió de manos con un policía que entraba muy decidido.



*Rodó por toda la casa, siempre perseguido por el fantasma de su suegra.*

Se fué por el otro lado, y allí estaba el fantasma de la suegra.

El pánico que pasó el pobre Harold es indescriptible. Perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, a su suegra le había

pasado el ataque de sonambulismo, y así se lo dijeron.

—¿De modo que fué un estado de sonambulismo?



... Harold y su esposa vivieron en su hogar, felices, contentos y libres...

—Sí, ya es el segundo que tiene, pobre mamá.

—Entonces, el guardia... ¿a qué vino?

—Para que retirásemos el coche, pues está prohibido de parar los *autos* en aquella dirección.

Entonces Carlitos le contó que su amigo el guardia le había dicho que no podía arreglarle nada y que por lo tanto no tenía más remedio que pagar las multas que le impusieron.

Comprendió Harold que por mala interpretación de las voces que había oído, se había dado aquel mal rato, único en su vida, y sólo comparable en algo a la paliza que años antes recibiera de su padre a causa de las botellas de champaña.

Y mientras interiormente jura no volver a repetir en su vida la hombrada de beber, su suegra y sus dos amables cuñados salen de la casa, con la intención de no volver a poner más los pies en ella como no sea por pura visita de cumplimiento.

Cuentan las crónicas que desde aquel día Harold y su esposa vivieron en su hogar, felices, contentos y libres para siempre de la impertinente parentela.

FIN

LEA USTED

**MARE NOSTRUM**

PRÓXIMO NÚMERO

la deliciosa película americana

## UN AMOR ORIGINAL

Creación de la bellísima estrella

VIOLA DANA,

secundada por los célebres artistas

SAZU PITTS, ROBERT AGNEW, etc.

Postal regalo: Alice Joyce

LA NOVELA FILM sale todos los martes. Precio 30 cts.

COMPRE USTED

el libro 68 de la selecta Biblioteca

*Los Grandes Films*

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

## La Favorita de la Legión

Insuperable creación de la bellísima estrella

GLORIA SWANSON

## ASUNTO INTERESANTE

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films*

¡ SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR !

Un formidable éxito  
está obteniendo el

# NÚMERO ALMANAQUE

DE

**La Novela Semanal Cinematográfica**  
con el que se regala un lujoso

## ALBUM

para colecciónar las  
postales del año 1926

---

Numerosos argumentos : Información cinematográfica  
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

**I SI LO VE, LO COMPRARÁ !**